

DOMINGO MORATALLA, Agustín: *Ciudadanía activa y religión. Fuentes pre-políticas de la ética democrática*. Encuentro, Madrid, 2011. 263 pp.

Uno de los mayores problemas de la democracia española es su juventud. En ella se pasan de puntillas cuestiones vitales para el desarrollo de una sociedad madura, equilibrada y capaz de asumir debates desde una actitud abierta y respetuosa. Sin embargo, el mayor déficit de nuestra democracia está en no saber afrontar todos los órdenes y retos que la globalización va ofreciendo a la sociedad. Muchos de los debates están viciados desde el principio. Las etiquetas impiden que las diferentes posiciones puedan exponer sus *razones*. En el debate público español reina la descalificación del otro; éste siempre es calificado con un impropio que desactiva el desarrollo de una posición o visión del tema propuesto. Esta es una de nuestras lacras, nuestra mayor deficiencia: la falta de debate público. Cuántos grupos de amigos conocemos en el que se alza una máxima: «Hablemos de todo, menos de política y religión». Nuestra democracia está todavía en una minoría de edad que debemos corregir para enderezar nuestro presente y consolidar el porvenir con ilusión y esperanza.

Ante este panorama que todos conocemos y palpamos surgen haces de luz, pequeñas esperanzas sobre el horizonte, que arrumban con este ambiente hostil para poner el debate sobre el tapete de nuestras vidas. Es aquí donde podemos encontrar e identificar la virtualidad del libro *Ciudadanía activa y religión* del profesor de Filosofía Moral y Política de la Universidad de Valencia, Agustín Domingo Moratalla. El lector tiene ante sus manos toda una vida dedicada a la investigación en cuestiones de ética, religión y ciudadanía. Con ello el autor nos obliga a sentarnos, a estudiar y a reflexionar en torno a qué espacio debe ocupar la religión en los ámbitos públicos y en la construcción de la ciudadanía. Como sabemos, Sócrates incitaba a sus interlocutores a entrar, a degustar las cuestiones trascendentales de la vida. Pero para poder hacerlo, antes debía darse una situación: plantear de forma adecuada las preguntas que animaran el cuerpo a cuerpo entre los contendientes.

Otro de los problemas de nuestra democracia es este mismo, ya que los interrogantes más urgentes y necesarios están mal planteados. Al igual que Sócrates, el autor rompe con esa inercia y ese uso cuasi perpetuo de nuestra democracia y entra de lleno en cuestiones que algún día tendremos que abordar con absoluta normalidad: ¿cómo integrar las convicciones religiosas en los modelos de ciudadanía?; ¿cuál es el papel de las religiones en una sociedad post-secular?; ¿por qué son importantes las religiones en una ciudad activa? Aquí está la razón por la que tú, estimado lector, tienes que posar tu mirada sobre las páginas de este libro. Co-

mo expresa el mismo autor, este libro, aquello que trata y perfila, no puede acumular polvo en las estanterías de nuestras casas, sino que tiene que impregnar los debates en el seno de los colegios, de los partidos políticos, del mundo asociativo, de los medios de comunicación. Todo porque la globalización nos está obligando a ello. No hay vuelta atrás. Sólo que en España se requiere de un ejercicio de normalidad y este libro puede ayudar a conseguir este clima tan necesario y urgente.

Todo el libro gira en torno a un concepto: *laicidad positiva*. Significa el intento de saber valorar la aportación de las confesiones religiosas a la hora de construir una ciudadanía democrática. El profesor Domingo Moratalla, gran conocedor del clima social, atisba que una sociedad no puede afrontar sus retos con normalidad y fortaleza ética con unos niveles de apatía y escasa participación pública y política por parte de los ciudadanos. La cuestión es que hasta ahora los modelos de ciudadanía existentes se han centrado en la dimensión legal, pero no en la dimensión de activa de la participación de la ciudadanía. Por el contrario, han olvidado aquellos elementos internos y vitales que motivan a la persona a asumir como suyos las tareas de la justicia social y el compromiso por las necesidades humanas.

Las religiones no son en ningún caso un obstáculo para estas causas, sino todo lo contrario, puesto que pueden cumplir un papel fundamental para realizar dicho compromiso e implicación. Se requiere un ejercicio de discernimiento al que nos invita el autor. Como dice al principio del libro, «la secularización no es sinónimo de desaparición de la religión de la esfera pública y privatización de las creencias religiosas... la necesidad de diferenciar esferas o ámbitos, lo que no significa separar, reducir o simplificar» (p. 16).

Una ciudadanía activa tiene que ahondar su mirada hacia aquellas dimensiones humanas que alimentan y dan sentido a nuestra acción, desde factores motivacionales, existenciales o antropológicos. Aquí entramos de forma directa con el tema de las fuentes, como reza el subtítulo del libro, que trata en el capítulo quinto. Recurriendo a uno de los autores que más ha trabajado en sus años de investigación, Charles Taylor, estructura los parámetros que fundamentan los bienes de la vida moral, sin los cuales no puede darse una ciudadanía activa, comprometida y participativa. Las fuentes son importantes porque «ayudan a definir la dirección de la atención y la orientación de los deseos, facultan y capacitan para articular las experiencias, los lenguajes, las prácticas y las instituciones» (p. 106).

Todo ello se va desgranando a través del libro de forma admirable. Como especialista en la hermenéutica contemporánea, desde Gadamer a Ricoeur, circunscribe esos factores internos y originarios en el debate filosófico actual. Lo hace en el capítulo sexto del libro con un título cu-

rioso y atrayente donde los haya: *La edad hermenéutica de la moral*. Además, otra virtualidad del libro es saber situar toda la problemática tratada con temas de actualidad como *Educación para la ciudadanía*, el impacto de las diferentes leyes educativas, el debate del uso del burka en el seno de la Unión Europea o el debate que se ha venido dando en Francia sobre creencias religiosas y su cabida y presencia en el espacio público. Pero merece una mención especial cómo el autor relata la discusión, el encuentro y el debate que protagonizaron en el mes de enero de 2004 Harbermas y el entonces Cardenal Ratzinger, hoy Benedicto XVI. Ahí está operando una de las claves que el actual Papa está imprimiendo, no sólo al mundo católico, sino a la sociedad mundial: el debate entre fe y razón.

Sin complejos, sin miedos, donde es factible hablar de teología, de ciencia y filosofía al mismo tiempo. Un encuentro entre diferentes ámbitos y realidades humanas, que no opuestos, para «reconocer los límites de una razón obligada a ser más humilde en sus pretensiones» (p. 130). Esta pugna implica una lectura renovada de la modernidad, abierta a lo sagrado por parte del pensador alemán y, al mismo tiempo, obliga a la teología a normalizar y asumir el secularismo como un elemento interno y propio. Estamos, en definitiva, ante un libro actual, y que recuerda a las palabras que David Cameron pronunció ante el Santo Padre en su histórica visita al Reino Unido: «Gracias por habernos hecho sentar y reflexionar». Agustín Domingo consigue eso mismo, que nos tomemos un tiempo en nuestra frenética vida para estudiar, pensar y poder dar razones de una serie de cuestiones que tenemos que afrontar. Sólo por ello merece la pena adentrarse en esta aventura que se nos propone y que indica que toda moralidad pública es impensable sin los valores, las creencias y las actitudes que las creencias religiosas aportan a nuestra vida.